

**PAOLO MENGOZZI**  
**MOHAMMED BEDJAOU**  
ACTOS DE INVESTIDURA



**PAOLO MENGOTZI**  
**MOHAMMED BEDJAOU**  
**ACTOS DE INVESTIDURA**

---

INSTITUTO UNIVERSITARIO DE ESTUDIOS  
INTERNACIONALES Y EUROPEOS  
«FRANCISCO DE VITORIA»  
MADRID, 2002

ISBN: 84-89315-24-8

Depósito legal: M-16740/2002

IMPRENTA NACIONAL DEL BOLETÍN OFICIAL DEL ESTADO  
MADRID, 2002



## SUMARIO

	Páginas
PREFACIO .....	7
ACTO DE INVESTIDURA DEL PROFESOR PAOLO MENGOZZI .....	9
<i>Laudatio</i> .....	11
Lección magistral .....	21
Discurso del Excmo. Sr. Rector Magnífico .....	33
ACTO DE INVESTIDURA DEL PROFESOR MOHAMMED BEDJAOUI.	35
<i>Laudatio</i> .....	37
Lección magistral .....	43



## PREFACIO

Las investiduras de los Profesores Paolo Mengozzi y Mohammed Bedjaoui como Doctores *Honoris Causa* de la Universidad Carlos III, que tuve la satisfacción de impulsar personalmente como Director del Instituto Francisco de Vitoria, ha incorporado a nuestro Claustro de Doctores a dos juristas excepcionales y a dos personas de extraordinaria trayectoria científica y humana.

Paolo Mengozzi fue profesor mío en la Universidad de Bolonia, en donde, con su ayuda imprescindible, y bajo la dirección del Dr. Gaetano Arangio-Ruiz, terminé mi tesis doctoral defendida en el ya lejano año de 1970. A mi antigua deuda de gratitud con él, que es la de otros varios jusinternacionalistas españoles, se unen su enorme calidad como científico del Derecho que le ha permitido explorar muy diversas disciplinas en todas las cuales es un Maestro. Todo lo cual no significa otra cosa que la manifestación en la vida académica de su natural bondad y de su buen hacer de ilustre jurisconsulto continuador de la larga y brillante tradición de internacionalistas italianos.

La excepcional personalidad del Profesor Mohammed Bedjaoui es modestamente glosada en la *Laudatio* que en este volumen se reproduce. Los pensamientos suyos, expuestos en su lección magistral, de un «antiguo colonizado» en torno a la obra de Francisco de Vitoria, han ennoblecido su investidura y mostrado, desde la altura de su experiencia vital, verdaderamente única en lo académico, político y judicial, hasta qué punto la creación de un orden justo dentro de la Comunidad Internacional es una tarea concebida e impulsada por

esclarecidos personajes capaces de dialogar entre sí, a través de los siglos, por más que pertenezcan a diferentes culturas y civilizaciones, proviniendo él mismo de una simbiosis singular de las culturas argelino-musulmana y francesa. La propuesta inicial de su doctorado provino de los Profesores don José Manuel Castro-Rial y don Santiago Torres, sabios por edad y experiencia de la vida.

Como el propio Rector magnífico de esta Universidad, don Gregorio Peces-Barba, señaló en sus respectivas respuestas a las lecciones de ambos doctores, bien puede la Universidad Carlos III de Madrid sentirse orgullosa de haberlos incluido entre quienes pueden, desde ahora, impartir con toda legitimidad sus enseñanzas a profesores y alumnos.

FERNANDO M. MARIÑO MENÉNDEZ

*Director del Instituto Universitario de Estudios  
Internacionales y Europeos «Francisco de Vitoria»*

**ACTO DE INVESTIDURA COMO  
DOCTOR *HONORIS CAUSA*  
DEL PROFESOR  
DR. PAOLO MENGGOZZI**

**UNIVERSIDAD CARLOS III DE MADRID  
23 DE ENERO 1998**



## **LAUDATIO DE DON PAOLO MENGOSZI POR EL DR. FERNANDO M. MARIÑO MENÉNDEZ**

**Excmo. y magnífico Sr. Rector, Ilustrísimas autoridades, Ilmo. Sr. Representante Oficial de la Universidad de Bolonia en el acto de investidura, Maestros, compañeros y amigos de la Universidad, señoras y señores:**

Me es profundamente grato tomar la palabra para solicitar al Claustro de Doctores de la Universidad Carlos III la investidura como Doctor *Honoris Causa* del Ilmo. Sr. don Paolo Mengozzi. Sus relevantes méritos científicos y académicos, y su particular relación de ayuda y magisterio para con diferentes profesores de la Universidad española, avalan y demandan la distinción que hoy se le atribuye.

El Profesor Mengozzi nació en Trieste en 1938, en los duros años inmediatamente anteriores a la Segunda Guerra Mundial. Tras licenciarse en Derecho en la propia Universidad de Bolonia en 1961, defender su tesis doctoral en 1964 (que realizó bajo la dirección del Profesor Angelo Piero Sereni) y obtener en 1967 el Diploma de la Academia de Derecho Internacional de La Haya, fue nombrado ese mismo año Libero Docente en Derecho Internacional de la Universidad de Bolonia y en 1975 obtuvo la Cátedra de Derecho Internacional Público y Privado de dicha Universidad.

Su completa dedicación a la Universidad y a sus tareas docentes e investigadoras no le han impedido desarrollar otras responsabilidades públicas. Ha sido miembro (1969-1970) de la delegación italiana en el «Comité especial de Naciones Unidas sobre los principios de Derecho Internacional relativos a las

relaciones de amistad y cooperación entre los Estados de conformidad con la Carta de Naciones Unidas», órgano éste cuyos trabajos resultaron ser de enorme importancia para la codificación del Derecho Internacional Público, y en el cual desarrolló una importante labor bajo la dirección del entonces Catedrático de Bolonia el Profesor Gaetano Arangio-Ruiz.

El Profesor Mengozzi ha colaborado y colabora estrechamente con diferentes actividades de la Comisión de las Comunidades Europeas; en particular, desde 1994 es miembro del Comité Consultivo de la Comisión para las Concesiones Públicas y es, asimismo, miembro del Grupo de Reflexión creado por la Comisión en 1997 sobre el Derecho de la Organización Mundial de Comercio.

Ha sido además Subsecretario de Estado del Ministerio de Industria y Comercio de Italia, durante el primer semestre de 1996, coincidiendo con la Presidencia italiana de la Unión Europea, en un período tan importante como el del inicio de la Conferencia de Ámsterdam para reformar el Tratado de Maastricht.

Sus funciones comprenden actividades vinculadas con diferentes Universidades y centros universitarios. Ha sido miembro de la Comisión Nacional para la Universidad, creada por el Ministerio de Instrucción Pública. En su propia Universidad ha sido Rector del Colegio de los Flamencos, presidente de la «Comisión de Ateneo para la experimentación organizativa y didáctica» y miembro del «Senado Académico Integrado». Es titular de la Cátedra Jean Monnet de Derecho de las Comunidades Europeas; coordina (desde 1986) el doctorado en Derecho de las Comunidades Europeas, establecido conjuntamente por las Universidades de Bolonia, Ferrara, Módena, Padua y Parma, y dirige el «Centro interdepartamental de investigación sobre el Derecho de las Comunidades Europeas». El Profesor Mengozzi promovió el primer doctorado en Derecho de las Comunidades Europeas creado en Italia.

Es también Profesor adjunto y miembro del Consejo Académico del Centro que la Universidad John Hopkins tiene en Bolonia. Asimismo, ha sido Profesor visitante en las Facultades de Derecho de diferentes Universidades de Estados Unidos de Norteamérica (particularmente: St. Johns Un. de Nueva York, Georgetown Un. y Georgia Un.), de la Faculté de Droit et Sciences Politiques de l'Université de París II, del Instituto Universitario Internacional de Luxemburgo y ha dirigido en 1997 el Centro de Estudios e Investigaciones de la Academia de Derecho Internacional de La Haya, en una sesión en lengua inglesa dedicada a «Las reglas jurídicas de la OMC». Los resultados científicos de esa sesión serán publicados en breve.



En las tres disciplinas que ha cultivado (Derecho Internacional Público, Derecho Internacional Privado y Derecho de las Comunidades Europeas) posee una amplia y relevante obra científica, que incluye no menos de diez libros y monografías y unos setenta estudios y artículos científicos.

Su visión integral de las tres disciplinas le ha permitido afrontar en cada una de ellas temas interdisciplinarios, con una intuición y un conocimiento que pocos autores pueden permitirse.

En el Derecho Internacional Público, sus aportaciones se han producido sobre todo en el Derecho Internacional del Mar. Quizá la obra que mejor expresa su método y doctrina del Derecho Internacional Público sea precisamente el volumen «El régimen jurídico internacional de los fondos marinos», publicado en 1971, es decir, once años antes de que la III Convención de Naciones Unidas sobre Derecho del Mar fuera definitivamente adoptada. A pesar de la entonces absoluta novedad del tema, y por lo tanto de lo arriesgado del estudio de nociones como la de «Patrimonio Común de la Humanidad», luego aceptada por la señalada Convención, el Profesor Mengozzi auspiciaba ya entonces una superación clara de la prevalencia en el ámbito estudiado del principio de efectividad y una apertura a demandas sustanciales y «de justicia» de la Comunidad Internacional, en cuyo seno andaba madurando una exigencia de renovación y de mayor adecuación de las normas vigentes a situaciones que, siendo desiguales, no podían ser tratadas de modo igual: la derivada de la extensión de la jurisdicción estatal a nuevos espacios marinos, la propia de la imposición a los Estados marítimos de obligaciones en materia de protección del medio ambiente marino y la ya citada, surgida de la admisión de un régimen de Patrimonio Común de la Humanidad para los fondos marinos y oceánicos y sus recursos, más allá de la jurisdicción de los Estados. Volvería más adelante con lucidez el Profesor Mengozzi sobre su pensamiento inicial, ya al final del período codificador, y solamente añadiré sobre esto la apreciación de cuán enriquecedores serían sus análisis sobre las implicaciones jurídicas de la entrada en vigor de la Convención de 1982 y de la aplicación provisional del paralelo Acuerdo de 1994 sobre la Implementación de la Parte XI de dicha Convención (precisamente la relativa a los fondos marinos). Signo es de sabiduría la intuición de las vías por donde el Derecho va y debe desarrollarse y el Profesor Mengozzi la posee en alto grado.

Quizá la sutileza del pensamiento jusinternacional publicista del Dr. Mengozzi, dentro de la mejor tradición italiana (que se remonta, en los tiempos modernos, a Gentile y que tan claramente han analizado Angelo P. Sereni y

Roberto Ago), se muestra aún con más brillantez cuando analiza la jurisprudencia del Tribunal de La Haya y su contribución a la clarificación del Derecho Internacional en momentos de cambio histórico. En este sentido, es modélico su trabajo reciente sobre «El reconocimiento en el Derecho Internacional».

*Ars longa, vita brevis.* Pero no desespero de que el Profesor Mengozzi recorra con tiempo más holgado nuevas vías del Derecho Internacional Público (recientes trabajos suyos en relación con el cincuentenario de Naciones Unidas y con la Organización Mundial del Comercio así lo auguran). Y ello siempre dentro de su universalismo peculiar de raíz italiana, vale decir de un universalismo contemplado dentro de una tradición que en general llamamos «dualista». Este universalismo nunca deja de poner el énfasis adecuado en la necesaria defensa de los intereses de un Estado democrático como el de Italia, que es (podemos decirlo así) relativamente reciente en su unidad histórica.

El Profesor Mengozzi ha dedicado largos años y esfuerzos de su formación y producción científicas al Derecho Internacional Privado. Desde su primera monografía, «L'efficacia di atti stranieri di potestà pubblica su beni privati» (1967) (que recensionaron en España el Profesor Miaja de la Muela y en Italia, muy señaladamente, el Profesor Rolando Quadri), pasando por su volumen sobre «El Derecho Internacional Privado italiano» (1967), hasta su último libro, «La reforma del Derecho Internacional privado italiano» (2.<sup>a</sup> edición, 1997), el pensamiento de Paolo Mengozzi se ha orientado, quizá como rasgo más destacado, a superar una visión del «orden público», dentro del Derecho Internacional privado italiano, excesivamente localista y cerrada; para ello ha defendido, primero en los ámbitos específicos del régimen de la utilización de marcas y de la ejecución de actos de divorcio pronunciados por una autoridad extranjera y luego en ámbitos y términos mucho más generales, inspirándose en el aperturismo de la propia Constitución italiana de 1947, una visión del Derecho Internacional privado que valora su función de defensa de grandes valores universales, compartidos por la Comunidad Internacional en su conjunto.

Esa visión está vinculada estrechamente con los problemas y cuestiones de la protección de los derechos humanos. Como él mismo ha indicado, sólo sería contrario al orden público interno (en su caso, el italiano) la aplicación, en un supuesto concreto, de una norma o de un acto jurídico extranjero cuando una u otro sean incompatibles con un principio del que quepa afirmar que el legislador lo ha establecido porque defendía un valor jurídico universal.

Podemos afirmar, sin riesgo de equivocarnos, que el punto de vista del Profesor Mengozzi ha influido de modo importante, en el sentido que él ha

preconizado, lo mismo en la jurisprudencia de los tribunales italianos que en la propia actividad del Legislador de Italia. En efecto, la Ley 218/1995, de reforma del Derecho Internacional Privado italiano, coincidiendo con el pensamiento del Profesor Mengozzi, acoge un método que se puede calificar de «global» por lo que se refiere a determinar si los objetivos de las normas de aparente «aplicación necesaria» del foro italiano pueden no sólo no frustrarse, sino incluso alcanzarse mejor, por efecto de la aplicación de una norma de Derecho Internacional Privado que lleve a la aplicación de normas extranjeras.

Se acoge así en el fondo de su opinión la necesidad de una amplia apertura internacional privatista, a modo de corolario imprescindible de la necesaria configuración de los ordenamientos jurídicos de los modernos Estados democráticos (incluyendo sus sistemas de Derecho Internacional Privado), como instrumentos en primer lugar al servicio de la persona humana y, en segundo lugar, favorecedores del abandono de visiones parroquiales y provincianas en una época histórica que encamina a los pueblos de Europa hacia la integración en estructuras comunitarias.

Por lo demás, como ha señalado el Profesor Calvo Caravaca, lo anterior no agota las virtudes de la labor del Doctor Mengozzi en Derecho Internacional Privado, en cuanto que su conocimiento de la técnica jusinternacional-publicista le permite realizar claros análisis de las fundamentales Convenciones de Derecho Internacional Privado y de los aspectos de Derecho Internacional Público de los efectos extraterritoriales de los actos de Derecho Público extranjero, difíciles de realizar para mucha de la mejor doctrina que se halla excesivamente especializada. Aparte de que su interés por la doctrina y práctica anglosajonas y especialmente norteamericanas le ha permitido estudiar las soluciones del Derecho estadounidense con profundidad y conocimiento directo, siempre haciendo gala de una independencia de criterio y de una visión crítica muy alejada de la importación ciega de instituciones ajenas a la tradición italiana o, más en general, europea, así como de toda servidumbre respecto al núcleo de ese verdadero poder imperial que es hoy Estados Unidos de Norteamérica.

De lo anterior se ha, quizá, desprendido una apreciación que atañe al núcleo central de la actividad académica y científica del Profesor Mengozzi: el enorme peso de su dedicación al Derecho de las Comunidades Europeas desde su ya lejano primer libro de 1964 sobre la «Agencia de Aprovisionamiento de la EURATOM». No es posible dar detalle de sus diferentes libros y decenas de artículos. Vale decir que sus análisis afrontan todos los temas centrales de

Derecho Institucional y material comunitario, incluyendo señaladamente los relativos a las relaciones exteriores de la Comunidad, los de aplicación judicial interna del Derecho Comunitario y los de la arquitectura competencial de las CCEE.

La última, más completa y mejor expresión de su pensamiento al respecto, se encuentra en su libro de 1997 *Il Diritto Comunitario e dell'Unione Europea*. Este volumen decanta un proceso intelectual concretado, de modo señalado, en un libro previo, de 1990: *Il Diritto della Comunità Europea*, publicado en inglés en 1992 (en edición de Graham and Trotman y Martinus Nijhoff), y utilizado como libro de referencia básica en Universidades norteamericanas.

El volumen de 1997, cuya traducción al español está a punto de ser finalizada por el Profesor Javier Fernández, merece, sin duda, una edición española a la altura de su calidad científica y elevado interés para los docentes y estudiantes españoles, y estoy seguro de que pronto será concertada. Un clásico, nos dice Italo Calvino en su libro *¿Por qué leer los clásicos?*, es:

«un libro del cual se suele oír decir “estoy releendo”, y nunca “estoy leyendo”.»

Ése es, creo, el destino de este libro del Profesor Mengozzi.

El aliento universal y europeísta del Doctor Mengozzi a lo largo de toda su obra se proyecta en este ámbito de modo lúcido. Basándose en la práctica comunitaria y en especial en la jurisprudencia del Tribunal de Luxemburgo, afirma él que el impulso central de la evolución del Derecho Comunitario, que se consolida como un Derecho que prevalece sobre el derecho de los Estados miembros, es el propio de su configuración como un Derecho de nuevo tipo, que quiere tener como destinatarios y beneficiarios a los ciudadanos de los Estados miembros, y tendencialmente a todas las personas que en ellos residan.

En esa perspectiva su obra analiza en profundidad las soluciones dadas a los problemas planteados por la aplicabilidad directa del Derecho comunitario, y los debates doctrinales y jurisprudenciales surgidos al respecto, particularmente desde el punto de vista de la jurisprudencia del Tribunal Constitucional italiano (en especial de la vía abierta definitivamente desde la sentencia en el asunto *Granital* de 1984).

Lejos de los lugares comunes, el autor pone de manifiesto que la práctica comunitaria (que incluye la adopción por la Comisión de «comunicaciones generales», de decisiones de inaplicabilidad del artículo 85.1 del Tratado de Roma y de otros actos atípicos en materia de protección de la libre competen-

cia) expresa (en este contexto) una relación dialéctica entre la tradición jurídica de los países de Europa continental, basada en la ley escrita, y la tendencia de la jurisprudencia del Tribunal de Justicia a afirmarse como fuente de producción jurídica, más en la tradición del *common law*.

Se trata así de poner de manifiesto la existencia de un proceso necesario de búsqueda, dentro de la vía autónoma comunitaria, de un equilibrio entre la eficacia y la seguridad jurídicas, esta última en cuanto valor protector lo mismo de los destinatarios que de los beneficiarios del Derecho Comunitario.

Esa tendencia de la jurisprudencia del Tribunal de Luxemburgo a adquirir eficacia *erga omnes* exige especiales análisis y desarrollos en el ámbito de las garantías jurídicas comunitarias, y el Profesor Mengozzi las realiza en sus estudios sobre la naturaleza e implicaciones del principio de responsabilidad de Derecho Comunitario del Estado por el daño causado a particulares, en violación de sus obligaciones comunitarias (doctrina que como se sabe arranca de la sentencia en el caso *Francovich* (1991) y sigue con las pronunciadas en los asuntos *Faccini Dori*, *Brasserie du Pêcheur* (1996) y *Dillenkofer* (1996). Este principio y el principio de la tutela judicial completa y efectiva de las situaciones subjetivas derivadas del Derecho Comunitario fueron formulados por el Tribunal de Luxemburgo para integrar las lagunas del Derecho Comunitario, con la finalidad de asegurar la plena protección jurídica de los particulares.

En cuanto al núcleo quizá más candente del problema, el Profesor Mengozzi apunta ya que, si bien el Derecho Comunitario no puede imponer a los jueces internos la atribución de eficacia directa horizontal a disposiciones de directivas (no traspuestas, inaplicadas o aplicadas irregularmente), no impide a tales jueces que lleguen a un resultado sustancialmente coincidente por medio de la aplicación de principios de Derecho interno que impongan la igualdad en las relaciones entre particulares. Quizá nuestro Tribunal Constitucional pudiera encontrar ahí la inspiración si tuviera que decidir en problemas comparables.

Y precisamente en su estudio de la integración de las lagunas del Derecho Comunitario el Profesor Mengozzi da muestras de su lucidez al estudiar los problemas de la tutela de los derechos humanos en el ordenamiento comunitario. Como él señala, la tutela que la Corte Comunitaria ha afirmado que se debe garantizar a los derechos fundamentales no se limita al ámbito de la censura de los actos comunitarios lesivos para los derechos humanos sino que viene también a incidir sobre la legislación de los Estados miembros y sobre el comportamiento de las autoridades nacionales. El Tribunal de Luxemburgo ha llegado ya al punto de determinar la esfera en la que puede realizar su control

con base en el parámetro de los derechos fundamentales, considerándolo realizable incluso respecto a los actos nacionales que aplican el Derecho Comunitario y a las justificaciones legítimamente invocables por un Estado miembro para la adopción de medidas que de otro modo entrarían en conflicto con el Derecho Comunitario.

El Profesor Mengozzi auspiciaba en su libro que la Conferencia de Ámsterdam permitiera las modificaciones del Tratado de Maastricht necesarias para admitir la adhesión de la Comunidad Europea a la Convención de Roma de 1950; su generosidad no ha triunfado. A pesar de las mejoras en la materia, leves en todo caso, introducidas por el Tratado de Ámsterdam, no es seguro que las ambigüedades de la sentencia comunitaria en el caso *Kalanke* (que el Profesor Mengozzi estudia en detalle y que en esta Universidad analizó con brillantez la Profesora Vogel-Polsky) no den lugar a contradicciones (que podrían hacerse más generales en el futuro) entre la jurisdicción comunitaria y la jurisdicción de Estrasburgo.

Como el Profesor Mengozzi expone con vigor, la necesidad de, por lo menos, una Declaración de la Comunidad Europea sobre los derechos y libertades fundamentales de cuantos se encuentren, residan y trabajen en el ámbito de la Unión Europea, parece estar convirtiéndose en una exigencia derivada de la necesaria protección del derecho humano a la seguridad jurídica.

La preocupación por la adecuada protección jurídica de los derechos humanos constituye, en efecto, un elemento vivo de la actividad y aun del talante y de la misma persona del Profesor Mengozzi: su obra está penetrada por una preocupación central en torno a los valores y derechos de la persona humana. Sus diferentes trabajos, generales y sectoriales, así lo demuestran. No por azar, la protección de la seguridad jurídica de la persona «europea» es un valor que ha colocado entre los primeros objetos de su preocupación.

Ello me lleva a destacar un último terreno de trabajo en el que confluyen sus diferentes saberes jurídicos. El Profesor Mengozzi ha dedicado parte de sus mejores y últimos esfuerzos al análisis del reciente fenómeno de la Organización Mundial del Comercio, creada por el Tratado de Marrakech de 1994, en sus diferentes perspectivas.

Sus trabajos al respecto, particularmente sobre «Los derechos de los ciudadanos de la Unión Europea y la aplicabilidad directa de los acuerdos de Marrakech», están teniendo una influencia importante en la doctrina.

Más aún, cabe afirmar que su pensamiento está influyendo en la jurisprudencia del Tribunal de Luxemburgo, el cual, separándose de sus posiciones



anteriores, relativas en particular a la cuestión de la aplicabilidad directa de las normas del GATT, podría seguir la opinión del Profesor Mengozzi, para quien la OMC no sólo posee una naturaleza bien diferente a la del propio GATT, sino que sus normas sí podrían ser de aplicación directa en el marco del Derecho Comunitario, en aras del valor de la seguridad jurídica del particular.

En este sentido, ha tomado ya posición el Abogado general Giuseppe Tesauro en sus conclusiones presentadas a la Corte el 13 de noviembre de 1997, en el asunto *Hermès International contra FHT Marketing Choice BV*, iniciado por demanda de decisión prejudicial propuesta por el Presidente del *Arrondissements-Rechtbank* de Ámsterdam. Para defender sus conclusiones, favorables a la aplicación directa de normas de la OMC contenidas en el «Acuerdo sobre aspectos de los derechos de propiedad intelectual relativos al comercio» (llamado el acuerdo TRIPS), el Abogado general se remite de modo destacado al pensamiento del Profesor Mengozzi, convertido así en una referencia privilegiada, es decir, en una clase de *Responsa prudentis*, ante la más elevada instancia jurisdiccional comunitaria. Y no está de más recordar, sin entrar en las dificultades del caso, que la cuestión de la aplicabilidad directa se plantea aquí en un contexto en el que concurren la negativa de Japón y de Estados Unidos a admitirla en sus propios ordenamientos, así como las reticencias formalmente expresadas al respecto por las propias instituciones comunitarias para el orden jurídico comunitario.

Por la amplitud de su campo de trabajo, por la universalidad y el valor humanista que lo inspiran, por la importancia de los resultados que ha conseguido, el Profesor Mengozzi es un maestro europeo del Derecho Internacional y del Derecho Comunitario.

Pero a esos méritos sobrados para la distinción que hoy se le otorga otros méritos deben ser añadidos. Su relación con los licenciados españoles que se desplazan a la Universidad de Bolonia a realizar su tesis doctoral, en alguna de las disciplinas que él cultiva, ha sido de magisterio y apoyo incondicional. Entre aquellos internacionalistas españoles que recibieron sus enseñanzas y ayuda se encuentran, en el Derecho Internacional Público, los Profesores Catedráticos, Herrero de la Fuente, Remiro Brotons y yo mismo. Y entre los internacional privatistas, los Profesores Catedráticos Calvo Caravaca, Virgos Soriano, Amores Conradi, y los Profesores Titulares Javier Carrascosa y Luis Carrillo, así como el Profesor Javier Fernández.

Al respeto académico se une así un deber de gratitud de muchos colegas del Colegio de los Españoles de Bolonia, que de bien nacidos es satisfacer. Y

ello tanto más cuanto que por este acto se estrechan las relaciones entre nuestra Universidad y el alma máter jurídica del *Mágnam Studium Gentis Bononiae*.

Señor Rector, en su libro *Siete cuentos góticos* la admirable escritora danesa Karen Blixen escribe:

«Recuerdo que cierta vez un viejo obispo danés me dijo que hay muchos caminos para llegar a la verdad y que el Borgoña es uno de ellos.»

El Profesor Mengozzi no ha seguido el camino del Borgoña sino el camino del análisis y el estudio esforzado, que con mirada humana observa las cosas humanas y las expone minuciosa y lúcidamente para mejorarlas. Para él, como un personaje de Leonardo Sciascia explica en *El Caballero y la muerte* (escrito a propósito del espléndido cuadro de Durero):

«el Diablo está ya tan cansado que prefiere dejarlo todo en manos de los hombres, más eficaces que él.»

Él sostiene, como Pereira, el personaje de Tabucchi, que hay que darle la razón a los ingleses si la tienen: y radio Londres la tenía afirmando que en Portugal había en 1938 una dictadura.

Tal esfuerzo por buscar la verdad, dando claridad y hondura a los resultados de su trabajo intelectual, nos recuerda (como don José Ortega y Gasset nos volvió a recordar en su día) que ése es el mandato esencial para los universitarios, por encima de cualquier consigna de obediencia o seguimiento obligado de las «instrucciones» de «maestros» acrílicos o autoritarios.

Como escribió Silvio Pellico en «Le mie Prigioni»:

«... il peso di quelle obbligación non ci spaventi!»

Así, señor Rector, por los motivos expuestos, hemos solicitado para el Profesor Paolo Mengozzi el doctorado *honoris causa* de la Universidad Carlos III.

Muchas gracias.



## LECCIÓN MAGISTRAL DE INVESTIDURA DEL NUEVO DOCTOR *HONORIS CAUSA* DON PAOLO MENGOLZI

**Excmo. Sr. Rector magnífico de la Universidad, queridos colegas, señoras y señores:**

1. Es grande mi emoción al responder a las palabras del magnífico Rector, del Profesor Mariño y agradecer el honor que se me ha otorgado al conferirme la distinción *honoris causa* de esta Universidad Carlos III, que es tan importante tanto por los maestros que en ella enseñan cuanto por los ideales que la animan de servicio moderno al hombre. Pero mi emoción crece todavía más, sobre todo por el hecho de que la propuesta de concesión de la láurea, a iniciativa de los ilustres Profesores Mariño y Calvo, viene de dos Departamentos que se ocupan de los tres temas (el Derecho Internacional Público, el Derecho Europeo y el Derecho Internacional Privado), a los cuales ya desde el comienzo de mis funciones universitarias he dedicado todas mis energías; y además por la razón de que el Instituto Universitario que ha hecho suya la propuesta está dedicado a Francisco de Vitoria, un hombre cuya concepción del Derecho ha incidido profundamente en mi formación y en mi pensamiento.

Vitoria se ha convertido en el primer y enérgico defensor de la existencia de un *jus gentium* destinado, desde los principios del Derecho natural y de la razón, a regular las relaciones entre todas las gentes, un *jus gentium* que garan-

tiza a cada pueblo el derecho al territorio en que vive y que al sancionar la existencia para cada Estado de un *jus communicationis*, de una libertad de navegación y de un derecho al comercio, le pone a dicha libertad y a dicho derecho un límite, que consiste en la exigencia de que no se cause daño a la patria de aquellos con los cuales se pretende ejercerlos.

Reconduciendo el derecho de gentes a reglas de razón y de derecho natural, Francisco de Vitoria ha extraído de éstas el fundamento de tres series de derechos que se han convertido en fundamentales en nuestra época: los derechos de los pueblos, los derechos del hombre y el derecho al comercio. Si, desde los años sesenta, entre España e Italia existe una buena consonancia entre los estudios realizados, la cual, por un lado, ha llevado al desarrollo de investigaciones en el Real Colegio de España de Bolonia, por numerosos estudiosos (algunos de los cuales, hoy catedráticos muy apreciados, me confieren el honor de estar aquí presentes) y, por otro lado, ha llevado a juristas italianos a prestar mucha atención a las obras de estudiosos españoles a partir de Aguilar Navarro y Miaja de la Muela, ello se debe también al hecho de que la inspiración para estas ideas ha resultado ser común a los internacionalistas de los dos países. Poner énfasis en esto es importante. Pero todavía más importante en esta ocasión, que constituye también un encuentro entre las dos Universidades, las cuales, trabajando por la ciencia, aspiran a contribuir al progreso civil, es preguntarse de qué modo las mismas ideas han contribuido a esto y pueden también contribuir en el futuro inmediato. A esta pregunta intentaré responder con esta reflexión sobre la base de experiencias de investigación, tantas veces realizadas teniendo cerca a jóvenes españoles estudiosos, relativas, respectivamente a: *a)* la evolución que en los últimos tiempos se ha producido en materia de Derecho Internacional Privado; *b)* a la contribución que la progresiva realización de una Europa de los ciudadanos ha dado a la afirmación de una real directa aplicabilidad del Derecho Comunitario, y *c)* a los problemas de compatibilidad con los valores que están en la base del proceso de integración europea, de la participación de la Comunidad y de sus Estados miembros en la Organización Mundial del Comercio.

2. La valoración de los derechos de los pueblos, de los derechos del hombre, así como del derecho al comercio no ha adquirido importancia en la sociedad a la que pertenecemos por sí sola, sino también por la contribución que ha dado a la revisión del modo de entender los poderes de los Estados y el carácter de sus ordenamientos jurídicos, así como a la promoción y a la afirmación del proceso de integración europea que tiende hoy a vincular de modo indisoluble los destinos de nuestros dos pueblos.

El hecho de que en Europa se haya tenido presente que el poder del Estado debe ejercitarse tutelando los derechos de los pueblos y de las personas individuales independientemente de su nacionalidad y de su religión ha permitido superar ideas que, por razones muy variadas, continuaban manifestándose incluso después del final de la Segunda Guerra Mundial y que, en sintonía con un concepto fuerte de los poderes del Estado, tendían a configurar cada ordenamiento nacional como exclusivo y como capaz de abrirse hacia el exterior *ad libitum*, sobre la base y dentro de los límites que constituyen simples corolarios de políticas nacionales.

En España, autores como Aguilar Navarro han luchado contra tal tendencia; han teorizado sobre la identificación de ese importante límite a la apertura al derecho extranjero que está constituido por el orden público, no con simples principios fundamentales del foro, sino con principios recogidos por instrumentos como la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, evocados como reglas de razón. La atención que se ha prestado a este modo de aplicar la institución del orden público y, en consecuencia, las normas de Derecho Internacional Privado, ha comportado una indudable corrosión del enfoque nacionalista que tendía a caracterizar la aplicación en nuestro continente de tales reglas, así como una revitalización del sentido de comunidad de derecho que existía en términos muy relevantes antes de la consolidación de poderosos Estados nacionales; ha contribuido a determinar, por ejemplo en Francia y en Italia, una identificación del orden público con los principios que resultan haber sido establecidos por el legislador interno no para afrontar exigencias localistas, sino en cuanto considerados dignos de valor jurídico universal. Como consecuencia se ha producido una más amplia realización del ideal humano tradicionalmente perseguido por el Derecho Internacional Privado, y que consiste en asegurar en el mayor grado posible a personas que se desplazan de un ámbito territorial a otro la continuidad jurídica en relación con su estatuto personal y con las relaciones económicas que le afectan.

3. El viento que, por efecto de tal afirmación, incluso a nivel constitucional, del principio de una subordinación del ejercicio de los poderes públicos al respeto de los derechos de los pueblos y del hombre, ha soplado así en Europa y se ha hecho sentir en el proceso que ha conducido a la promoción y a la afirmación de la Comunidad y de la Unión Europea.

La integración comunitaria ha sido promovida para poner fin para siempre, en el corazón de Europa, a los conflictos militares y para dar actuación a una filosofía neoliberal que, sobre la base de la atribución de una función social

al mercado, ha visto en el reconocimiento de un «derecho al comercio» a escala continental el instrumento para aumentar el empleo manteniendo la capacidad de adquisición de los salarios de los trabajadores; y además ha integrado la liberalización con formas de solidaridad concretadas a través de la institución de una política agrícola común, de una política social y de una política de asociación con países de ultramar dirigidas a evitar las marginalizaciones capaces, por lo demás, de ser determinadas por una eliminación de las barreras aduaneras. El desarrollo de tal integración, incluso si ha conducido a ventajas económicas inmediatas y a una mejora de las condiciones sociales de los trabajadores, no ha dejado de encontrar dificultades en el plano jurídico, en relación con el mantenimiento en manos de cada uno de los Estados del poder jurídico de afrontar unilateralmente posibles situaciones coyunturales negativas. Los problemas que de ello se han originado han resultado ser importantes: se trataba de registrar si la participación en el proceso de integración europea hubiese producido, con respecto a las materias objeto de disciplina comunitaria, una disminución de la soberanía legislativa de los países miembros.

Sobre este tema los jueces ordinarios internos pedían simultáneamente la adopción de una posición bien por la Corte de Justicia de las Comunidades Europeas, bien por los órganos internos supremos (Tribunales Constitucionales, Cortes de Casación y Consejos de Estado). La primera respondió al problema en términos positivos. Los segundos, durante un largo período, han reafirmado en términos decididamente negativos la soberanía legislativa de los Parlamentos nacionales (y por lo tanto la aplicabilidad a las relaciones entre las leyes internas sucesivas y las normas de origen comunitario del principio relativo a la sucesión de las leyes en el tiempo), también por razón del déficit democrático del sistema comunitario y de una tutela por parte de éste de los derechos del hombre inferior a la garantía proporcionada por los derechos de los Estados miembros. Este conflicto de posiciones, de larga duración, ha llegado a su fin por efecto de cuatro factores:

a) La Corte de Justicia de las Comunidades Europeas, después de haber definido al Derecho Comunitario como un ordenamiento de nueva clase del cual son sujetos y beneficiarios los ciudadanos de los Estados miembros, ha considerado gradualmente incorporados a tal Derecho los principios que tutelan los derechos del hombre garantizados por las Constituciones de los Estados miembros y por los Tratados en cuya elaboración éstos han tomado parte;

b) Los actos adoptados por las instituciones de la CEE han otorgado ulterior concreción a dicha definición de los ciudadanos de la Unión Europea, precisando en términos progresivos los derechos sustanciales que les pertenecen en sus diferentes situaciones de trabajadores, prestadores de servicios, consumidores y empresarios, y también los reconducibles en relación con la tutela del medio ambiente;

c) La jurisprudencia comunitaria ha acompañado tales precisiones con el afinamiento de los remedios procesales utilizables en el nivel comunitario y en el nivel interno, extrayendo un principio de tutela completa y efectiva de los derechos garantizados por el Derecho Comunitario a los ciudadanos de la Unión: sobre la base de tal principio, la Corte de Justicia, después de haber afirmado una responsabilidad extracontractual de la Comunidad frente a aquéllos, incluso en relación con actividades o inactividades normativas, luego, con la jurisprudencia Francovich, ha ampliado una protección tan intensa a situaciones en las que ellos sufran daños por causa de una grave violación del Derecho Comunitario «por parte de los Estados miembros» (considerando que una violación de esa clase se concrete, por ejemplo, en la «no actuación de una Directiva comunitaria»);

d) El inicial déficit democrático del sistema comunitario ha disminuido a consecuencia de las modificaciones institucionales que han llevado a la elección directa del Parlamento Europeo y al crecimiento de la participación de éste, junto al Consejo Económico y Social y al Comité de las Regiones, en el proceso legislativo de la Comunidad: un crecimiento que ha tenido por consecuencia, por ejemplo, que aquél se haya asociado ampliamente a la definición de los derechos de los que puede beneficiarse cada ciudadano europeo en relación con su condición de consumidor y utilizador del medio ambiente.

La realización de esta serie de hechos no sólo ha determinado la aceptación por parte de los jueces nacionales de la regla según la cual, en general y por principio, ellos deben aplicar normas comunitarias que sean suficientemente claras, precisas y determinadas incluso cuando resulten ser incompatibles con normas estatales posteriores; más en general, también ha producido la consolidación de un sistema jurídico que tiende de modo relevante a realizar la filosofía neoliberal de los padres fundadores de la Comunidad, asociando la liberalización del mercado único con «una tutela de los derechos fundamentales» de las personas y en particular de los derechos de que, en tal sistema, los particulares han sido reconocidos titulares en su específica cualidad de trabaja-

dores, prestadores de servicios, consumidores, empresarios o utilizadores del medio ambiente, por efecto de «un proceso normativo que con el tiempo ha asumido un carácter cada vez más democrático».

Si bien se considera, la ciudadanía de la Unión halla su real importancia no tanto y no sólo en los derechos específicos de carácter eminentemente público que el Tratado de Maastrich les atribuye *ex novo*, sino también en el apoyo que ella (la atribución de esta nueva ciudadanía) da a la amplia serie de derechos sustanciales y procedimentales que el proceso normativo comunitario, en su desarrollo con carácter cada vez más democrático (veremos que vale la pena repetirlo), ha reconocido a los ciudadanos europeos, dando lugar a configurar tales derechos como una envoltura que los enriquece y haciendo de los mismos, en su conjunto, el contenido de «un nuevo estatuto civil de las personas».

La liberalización económica concretada por el proceso de integración europea que se ha producido, no resulta ser una liberalización cualquiera, sino una liberalización cualificada, además de por las formas de solidaridad concretadas por la política agrícola común, por la política social y por la política regional que la acompañan, por el estatuto civil que el Derecho Comunitario ha reconocido a las personas y por las garantías democráticas que han presidido su elaboración y que aseguran su garantía y desarrollo.

Se trata, como bien se puede comprender, de una realización positiva para los pueblos europeos, aunque ulteriormente perfeccionable.

4. En este momento, sin embargo, nos encontramos frente a una situación nueva creada por la institución de la OMC y por la participación en ella de la CE y de sus Estados miembros. Esta novedad es particularmente relevante porque:

1) La Organización Mundial del Comercio extiende la disciplina jurídica del comercio internacional establecida por el GATT en 1947 a los importantes sectores de los servicios y de los derechos de propiedad intelectual: al Acuerdo que la crea se le han adjuntado como anexos acuerdos multilaterales relativos a esos ulteriores sectores;

2) El nuevo derecho de la Organización Mundial del Comercio transforma las características y las reglas del comercio internacional: las normas del GATT de 1947, *a)* estaban reforzadas por mecanismos de garantía que de modo amplio dejaban a cada uno de los Estados la última palabra en la determinación de sus violaciones y de las consecuencias de éstas, y *b)* con amplitud eran consideradas no susceptibles de ser invocadas ante los jueces internos;



la Organización Mundial del Comercio, por el contrario: *a)* está provista de un sistema de solución de controversias de tipo autoritario, y *b)* crea un régimen jurídico que se basa en la operación de numerosas normas directamente aplicables.

La importancia de estos nuevos desarrollos la podemos ver, por ejemplo, a la luz de las controversias nacidas entre, por una parte, la CE, y, por otra parte, Estados Unidos y Canadá, a consecuencia de la prohibición absoluta que aquélla estableció para las importaciones de animales bovinos criados con hormonas. En ese caso, la CE sostenía que el mantenimiento por su parte de tales prohibiciones era compatible con el Acuerdo de la OMC sobre la aplicación de medidas sanitarias y fitosanitarias (Acuerdo SPS), en cuanto tal Acuerdo permite a los miembros derogar, para proteger la salud, las obligaciones de liberalización establecidas por el GATT en 1994, no sólo por medio de medidas conformes con los estándares internacionales, sino también con medidas de un nivel más avanzado cuando resulte que éstas constituyan «una consecuencia del nivel de protección sanitaria o fitosanitaria que un miembro establezca como apropiado».

En la doctrina no ha faltado quien haya comentado el Acuerdo SPS dejando entender que tal determinación permanezca dentro del poder soberano de cada miembro, implicando un juicio basado sobre una valoración social y no sobre elementos de carácter científico (*a societal value judgement, not a science based judgement*). En esta posición se ha colocado la Comunidad Europea haciendo valer que el Consejo había adoptado las directivas atacadas por Estados Unidos y por Canadá, a consecuencia de una insistente petición proveniente de los consumidores y compartida por el Parlamento Europeo y por el Comité Económico y Social. El «panel» no ha admitido la tesis de la Comunidad. Ha considerado que el mantenimiento de las medidas en cuestión, para ser compatible con el Acuerdo SPS, debería haberse producido según un procedimiento de *risk assessment*, desarrollado exclusivamente sobre la base de pruebas científicas; ha rehusado considerar relevantes las posiciones tomadas con mucha participación de la opinión pública y del Parlamento Europeo, pero que no constituyen pruebas científicas.

Según noticias reproducidas en la prensa, la Comisión de la CE ha reaccionado a la posición adoptada por el «panel» calificándola de «ataque» a la democracia. Incluso si tal reacción ha sido desmentida, los medios de comunicación han puesto en evidencia los límites que, a pesar de la evolución positiva

que se ha producido, encuentran las instituciones comunitarias para resolver los nuevos problemas que surgen en la sociedad de hoy.

La realidad es que la Organización Mundial del Comercio incide profundamente en el marco jurídico de la administración de la economía europea. En el pasado existía el problema de determinar en qué medida el proceso de integración europea pudiera limitar legítimamente el ejercicio de la soberanía legislativa de los Estados miembros; hoy la cuestión de la soberanía se ha desplazado: debemos afrontar el no menos delicado problema de decidir si y de qué manera dar el consentimiento al ejercicio de las competencias de la Comunidad Europea para afrontar las exigencias de la globalización de la economía, esté limitado por el Derecho de Marraquech.

En cuanto a la condición, no podemos dejar de continuar aceptando el cambio cualitativo del sistema internacional, determinado por las nuevas reglas de la OMC. Y ello incluso si es ahora en relación con el funcionamiento de la OMC que se puede hablar de «déficit democrático» (entre otras cosas porque la determinación de los *panels* y del *Appellate body* no parecen, de hecho, susceptibles de ser sopesados por los órganos políticos de la OMC con la misma eficiencia con la que en el sistema comunitario la Comisión, el Consejo y el Parlamento Europeo pueden sopesar la de la Corte de Justicia neutralizando, modificando o precisando, por medio de la adopción de actos normativos vinculantes, los principios susceptibles de surgir de ellos).

Es posible, en cambio, asumir una posición sobre el modo de vivir la nueva situación que avanza inexorablemente. Al respecto conviene realizar dos operaciones: una primera que consiste en una reflexión sobre el modo de respuesta de cada una de las elecciones realizadas por el funcionamiento de la Comunidad a valores que son indefectiblemente propios de nuestra sociedad europea; una segunda consistente en una actuación y una participación más estrecha en el funcionamiento de los órganos y de los mecanismos que operan en el seno de la nueva Organización creada en Marraquech. Un esfuerzo en tales dos direcciones merece ser desarrollado, también con la contribución de las Universidades, porque, a pesar de la concreta posición adoptada por el «panel» que se ha adoptado en el caso de las hormonas, el organismo para la solución de las controversias se ha mostrado no simplemente sensible a los valores de la liberalización, sino por el contrario dispuesto a buscar un equilibrio adecuado entre tales valores y los valores tradicionales y nuevos de nuestra sociedad europea. De lo que constituyen prueba, por ejemplo, las posiciones sobre el método de interpretación y de aplicación del nuevo Derecho Internacional del



comercio que el *Appellate body* ha adoptado, respectivamente, en el caso *Reformulated Gasoline* y en el caso *Taxes on Alcoholic Beverages*.

En el caso *Reformulated Gasoline*, Brasil y Venezuela acusaban a Estados Unidos de haber violado el principio de trato nacional establecido por el artículo 3.4 del GATT de 1994, porque, con la *Clair Air Act*, habían impuesto para la gasolina convencional importada un nivel de toxicidad establecida por ley (*a statutory baseline*), mientras que habían permitido que las refinerías nacionales introdujeran en el mercado estadounidense gasolina convencional con un nivel de toxicidad remitido al propio de la misma gasolina introducida por cada uno de ellos en el mercado en 1990 (*an individual baseline*). Estados Unidos se defendió invocando la «excepción general» prevista por la letra g) del artículo XX del propio GATT-1994, según la cual «ninguna disposición del Acuerdo impedirá la adopción o ejecución por cualquier parte contratante de medidas... relativas a la conservación de recursos naturales agotables». El 22 de abril de 1996, el Organismo de Apelación, hecha la importante admisión de que la conservación de los recursos naturales agotables comprende también la defensa del aire frente a la contaminación, ha precisado que tal excepción no debe ser entendida restrictivamente y que el Acuerdo en cuestión, al preverla, consagra un derecho digno de una tutela igual a la que hay que reservar a los derechos más directamente funcionales para la liberalización del comercio internacional. Al artículo que consagra el principio del trato nacional, ha dicho, no se le debe atribuir «un alcance tan amplio que haga perder vigor al artículo XX.g) y a la política y a los intereses que él contempla».

Análogo, pero quizá todavía más relevante, es el comportamiento que el Organismo de Apelación ha adoptado el 4 de octubre de 1996 en el caso posterior *Taxes on Alcoholic Beverages*. En este caso Estados Unidos se quejó de que Japón no respetaba, en relación con la importación de bebidas alcohólicas el principio del trato nacional a que se refiere el artículo III.2 del GATT-1994. Se trataba, sustancialmente, de precisar el significado de producto similar (*like product*) a los efectos de la aplicación de tal disposición. El Organismo de Apelación, después de haber subrayado que el concepto de similitud evoca la imagen de un acordeón y que el acordeón de la similitud se amplía y se contrae en los diversos contextos según las diferentes disposiciones del Acuerdo OMC que se deban aplicar, ha indicado la necesidad de dar del concepto una interpretación elástica también «por razón de las peculiaridades de cada sujeto parte en el Acuerdo»: ha acogido la idea según la cual al calificar un producto como

similar a otro, se debe tener en cuenta, entre otras cosas, «los gustos y hábitos de los consumidores, que cambian de país a país».

En resumen, incluso si el nuevo Derecho Internacional del comercio viene a incidir de modo relevante en el marco en que debe desenvolverse la administración del comercio de la Comunidad con el resto del mundo, no se debe pensar en ello como en un sistema necesariamente antitético al estatuto civil que el proceso de integración europea ha dado a los ciudadanos de la Unión. Hay que creer en la afirmación que el Organismo de Apelación ha hecho al concluir su informe sobre el caso *Taxes on Alcoholic Beverages*, y que constituye su «manifiesto sobre el modo en que tiene intención de aplicar las nuevas reglas y dirigir las relaciones entre los miembros de la OMC». Las nuevas reglas de la OMC, ha dicho, «no son tan iguales o inflexibles que no dejen un espacio a juicios razonados que afronten el flujo y el reflujo sin fin y continuamente mutable de los hechos reales en los casos reales del mundo real».

5. A la luz de un tal comportamiento del Organismo, en último grado predisposto a la aplicación del nuevo derecho del comercio internacional, no puede dejar de haber espacio para que sean accesibles también en el comercio entre la CE y el resto del mundo aquel conjunto de valores que en el sistema jurídico, común ahora a Italia y a España, se han traducido en derechos de los que los particulares, en tal sistema, han sido reconocidos titulares en sus cualidades específicas de trabajadores, de prestadores de servicios, de consumidores, de empresarios y de utilizadores del medio ambiente y que, como se ha visto, constituyen parte relevante del estatuto civil de los ciudadanos de la Unión. La defensa por parte de la Comunidad de aquellos valores, sin embargo, no podrá por sí sola vencer los riesgos que en relación con ellos se puedan derivar de la globalización de la economía y de la exigencia de una liberalización cada vez más amplia. Habrá lugar también para que la reflexión sobre los valores indefectiblemente propios de nuestra sociedad, de los cuales he indicado la necesidad, se amplíe para incluir un elemento que parece nuevo, pero que no lo es; habrá que hacerlo necesario para que aquélla incluya también un esfuerzo que haga madurar en las conciencias el sentido de la obligatoriedad de un principio que no está escrito en el texto de los Acuerdos que actualmente vinculan a la Comunidad y a nuestros países, pero que, al haber sido asumido por el Organismo de Apelación como base fundamental de las determinaciones que ha tomado no dando la razón a Estados Unidos en el caso *Reformulated Gasoline*, hoy en día no puede dejar de ser considerado parte integrante y espiritualmente caracterizadora del Derecho de Marraquech: el principio según el

cual todo sujeto del Derecho Internacional, ya sea un Estado o un ente *sui generis* como la Comunidad Europea, incluso si está legitimado para hacer valer sus *interests and policies* en derogación de las obligaciones de liberalización del comercio, debe hacerlos valer según un principio de cooperación que le impone la satisfacción de tales *interests and policies*, teniendo en cuenta las exigencias de los otros sujetos y de sus ciudadanos y de buscar con ese fin, diligentemente y de buena fe, *cooperative arrangements* con aquellos, idóneos para evitar «costes físicos y financieros y cargas» a éstos.

La Comunidad Europea y sus Estados miembros podrán defender eficazmente sus propios valores frente a la liberalización implicada en la nueva situación que sólo avanzará si, también con la contribución de nuestras Universidades, quienes van a tener que decidir y actuar (y con ellos y antes que ellos las formaciones intermedias y la gente) se hacen cargo de respetar este deber y lo sienten como un deber moral, incluso antes que como un deber jurídico.

Si con la ayuda de todos la Comunidad va a poder contribuir a que la liberalización del comercio internacional se asocie, al mismo tiempo, a una tutela de los valores que están en la base del estatuto civil de los ciudadanos de la Unión y a la realización práctica del contenido que el *Appellate body* ha dado al principio de cooperación, podrá considerarse que Europa le haya dado una aplicación real a la idea preconizada por Francisco de Vitoria según la cual debe haber una regla fundamental de la comunidad internacional: la que, asegurando a todo Estado el derecho al comercio, condiciona el ejercicio de éste al respeto de los derechos de los pueblos y del hombre y al deber de no causar daño a las poblaciones con las que el comercio se lleva a cabo.



## **DISCURSO DEL EXCMO. SR. RECTOR MAGNÍFICO DE LA UNIVERSIDAD CARLOS III DE MADRID**

**Sras. y Sres. Doctores, Excmos. e Ilmos. Sres., señoras y señores:**

De nuevo conmemoramos hoy el día de la Universidad y es ocasión para felicitar a los recién llegados, como Doctores que se incorporan a nuestro Claustro, como Profesores que enriquecen nuestra plantilla docente, o como funcionarios o trabajadores que incrementan el personal de Administración y Servicios. También es ocasión de especial satisfacción saludar aquí al Profesor Paolo Mengozzi, nuevo Doctor *Honoris Causa*, que completa el plantel *ad honorem* que tanto nos honra y nos estimula. Finalmente, el Rector que os habla considera procedente hacer algunas reflexiones sobre el momento que vive nuestra Universidad, y la Universidad española en general.

Desde el punto de vista académico, en la preparación para la investigación el título de Doctor representa la habilitación para iniciar el *cursus honorum*, que representa la carrera universitaria. En esta Universidad todos los que han alcanzado ese grado han trabajado con seriedad en unos doctorados exigentes, y muchos de ellos calificados como doctorados de Calidad por la Secretaría de Estado de Universidades e Investigación. Después han seguido ese particular itinerario que viven los doctorandos, en su difícil tarea de agotar en su investigación un tema decuado, y han vivido momentos de euforia, o de depresión, han superado innumerables dificultades y, por fin, han llegado a la meta, han concluido esa primera y crucial memoria de investigación, después de superar

su defensa ante un Tribunal. Ahora, ya Doctores, tienen ante sí un panorama esperanzador, pero duro y complicado. Es un punto de partida y no un punto de llegada. Mi felicitación por haber alcanzado esa primera meta y mi ánimo y apoyo para que continúen, sin desfallecer, el esfuerzo que se les va a exigir.

A las compañeras y compañeros que como Catedráticos o Profesores Titulares han jurado o prometido, en su condición de funcionarios, lealtad al Rey y cumplir y hacer cumplir la Constitución como norma fundamental del Estado, les recuerdo la exigencia de dedicación y neutralidad, que supone el servicio público, y les insto a que cumplan con sus obligaciones con la mirada puesta en el interés general y al servicio de sus alumnos y de la exigencia de calidad en la docencia y la investigación.

Los funcionarios y trabajadores del personal de Administración y Servicios deben saber que su contribución, su buen hacer y su esfuerzo son indispensables para el funcionamiento de nuestra Universidad. En nombre de todos les doy la bienvenida a su nuevo empleo y les deseo éxito en su trabajo.

En este momento, el Rector quiere expresar en nombre de todos los miembros de la Universidad nuestra satisfacción porque un boloñés de formación y de profesión, el Profesor Paolo Mengozzi, se incorpora a nuestro Claustro.

Discípulo de Angelo Piero Sereni, es desde 1976 Profesor Ordinario de Derecho Internacional en Bolonia, y ha contribuido a la formación de muchos internacionalistas españoles, especialmente de aquellos que fueron becarios del Colegio de San Clemente. La multidisciplinariedad de su campo de trabajo presta a su análisis una evidente riqueza. Cabe destacar sus investigaciones relativas al Derecho de la Integración europea en las que es un reconocido maestro. Su espíritu europeísta, su universalismo, enraizado quizá en un cierto humanismo de origen católico, y unos profundos conocimientos técnicos que brillan en su análisis del Derecho positivo, sin perjuicio de su dominio del pensamiento anglosajón, le convierten en ese modelo de Profesor que ha dado su fama a la vieja y querida Universidad de Bolonia.

*Esprimo, Profesor Mengozzi, il sentimento di felicità del collegio dei docenti di questa università e la ringrazio per aver voluto entrare a farne parte come membro ad honorem.*

*Spero che da oggi la collaborazione scientifica tra l'università di Bologna e la Carlos III possa essere rafforzata e che la sua visita serva a rendere più fluida la comunicazione tra la cultura giuridica spagnola e quella italiana.*

[...]

Muchas gracias.

**ACTO DE INVESTIDURA COMO  
DOCTOR *HONORIS CAUSA*  
DEL PROFESOR  
DR. MOHAMMED BEDJAOU**

**UNIVERSIDAD CARLOS III DE MADRID  
27 DE ENERO DE 2000**





## ***LAUDATIO* DE DON MOHAMMED BEDJAOU POR EL DR. FERNANDO M. MARIÑO MENÉNDEZ**

**Excmo. y magnífico Sr. Rector, Excmo. Sr. Presidente del Tribunal Constitucional de la República de Costa Rica, Ilmas. autoridades, compañeros y amigos y estudiantes de la Universidad, señoras y señores:**

Pocos son los minutos que tengo para exponer y glosar en esta *Laudatio* los muchos y extraordinarios méritos del excepcional jusinternacionalista que es el Profesor don Mohammed Bedjaoui, cuya autoridad jurídica universalmente reconocida muestra, parafraseando a Miguel de Cervantes, que su maestría es patrimonio de un alma noble.

El Profesor Bedjaoui es argelino por nacimiento y por corazón y, huérfano desde los cuatro años, vivió y creció en Argelia hasta la edad de dieciséis años, siempre bajo el dominio colonial francés. Luego, recibió lo esencial de su formación jurídica en la Universidad francesa en cuya Facultad de Grenoble cursó estudios jurídicos y se doctoró en Derecho en 1955, bajo la dirección del decano y maestro de internacionalistas Claude Albert Colliard, con una tesis sobre «Función pública internacional e influencias nacionales». En ésta su enorme capacidad de sintetizar lo mejor de ambas tradiciones (la propia de la cultura musulmana donde creció y la de la cultura occidental y racionalista francesa donde se acabó de formar) se encuentra la clave del recio universalismo progresista que caracteriza su pensamiento y su actuación.

Habiendo vivido desde su juventud primera en los difíciles años de la lucha de su país por lograr la independencia frente al dominio colonial francés, a fuer de hombre de corazón patriota estuvo con su pueblo en la época más difícil de su historia y siempre en primera fila. Supo así plasmar políticamente su condición fundamental de jurista. Entre 1958 y 1961 fue asesor jurídico del Gobierno Provisional de la República de Argelia en el exilio. En otoño de 1962 ocupó el cargo de Director del Gabinete del Presidente de la Asamblea Nacional constituyente en Argel. Entre 1962 y 1964 fue Secretario general del nuevo gobierno argelino. Y, por último, Ministro de Justicia y «Guardián de los sellos» de su país entre 1964 y 1970. Más adelante, entre 1979 y 1982, fue miembro del Comité Central del Partido del Frente de Liberación Nacional y aún tuvo ocasión, durante el curso académico 1964-1965, de ser Decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Económicas de la Universidad de Argel.

Pero los servicios a su país tuvieron su continuación natural en la actividad diplomática: señaladamente fue Embajador de Argelia ante Francia entre 1970 y 1979 (en los primeros y difíciles años de las relaciones entre la antigua colonia y su anterior metrópoli) y, asimismo, Embajador de Argelia ante Naciones Unidas entre 1979 y 1982.

Y no el menor servicio a la causa de la paz, dentro de su tierra natal, ha sido que en estos años trágicos, en que el querido país argelino se ha visto dominado por las furias de guerra civil y de las luchas entre integrista y democracia, el Profesor Bedjaoui ha encontrado tiempo para presidir la Comisión Nacional de control electoral que abrió el camino a las elecciones presidenciales cuyo vencedor, el actual Presidente de Argelia, empuña el timón de la nave del Estado hacia aguas que parecen menos procelosas y más proclives a la reinstauración definitiva del Estado de Derecho y de la democracia.

Por lo demás, su actividad diplomática «nacional», se dobló con diferentes y delicadas tareas de diplomático en misión internacional, dentro de las que cabe destacar su actividad como Vicepresidente del Consejo de Naciones Unidas para Namibia y como Copresidente de la Comisión de Encuesta de Naciones Unidas en Irán en el «asunto de los rehenes norteamericanos (1980)».

Como jurista internacionalista se hizo, desde aquellos primeros años de la independencia de Argelia, el portavoz jurídico en la Comunidad Internacional de las posiciones e intereses de un Estado nuevo no alineado y subdesarrollado y, en definitiva, del Tercer Mundo. Pero su voz trascendió la mera posición de un único país y se convirtió en gran medida en uno de los mayores defensores de un nuevo Derecho Internacional superador, en nombre de una Comunidad

Internacional más universal y solidaria, del orden tradicional en el que la soberanía del Estado más fuerte ha valido más, en términos jurídicos, que la soberanía del más débil. Un orden heredado del originario de Westfalia y que sólo comenzó realmente a ser puesto en discusión desde la creación de las Naciones Unidas. Un orden que él mismo ha calificado de «oligárquico, plutocrático y no intervencionista» y, en definitiva, expresivo de un «Derecho otorgado» por las Grandes Potencias al resto del Mundo.

Ya sus esfuerzos para lograr una codificación del Derecho Internacional en el sector de la «Sucesión de Estados en materia de archivos, bienes y deudas de Estado», cumpliendo funciones de relator de la Comisión de Derecho Internacional de Naciones Unidas (en la que desde 1968 a 1981, presentó un total de 13 informes), quedan todavía como ejemplo de buen hacer y de progresismo en uno de los terrenos más difíciles y complejos del orden jurídico internacional.

Su labor como publicista es enorme y comprende no menos de 200 publicaciones, que incluyen tanto obras generales como monografías y decenas y decenas de estudios y artículos, penetrados todos ellos de la sabiduría e imaginación de la tradición jurídica en lengua árabe y de lo mejor de la claridad y penetrante lógica de la escuela de jusinternacionalistas franceses. Pero siempre con la visión personal y creadora que le ha caracterizado.

Destacaré su labor como Redactor general de un Tratado de Derecho Internacional Público (*Droit International: Bilan et perspectives*, editado en París en dos tomos en 1991), el cual, fruto de la colaboración de muchos de los mejores internacionalistas de nuestra época, es aún un libro de consulta imprescindible en varios sectores del ordenamiento jurídico internacional. Él mismo, indicio de sus preocupaciones esenciales, ha redactado los capítulos sobre «Derecho al desarrollo» y «El porvenir del Derecho Internacional» (éste en colaboración con Hubert Thierry).

De su otra dilatada obra quedan algunos hitos esenciales: su libro sobre *La Revolution algérienne et le Droit* (1961) en el que la independencia de Argelia era presentada a la luz del derecho de los pueblos colonizados a la libre determinación y a la independencia. Su otro libro titulado en la traducción española *Hacia un nuevo orden económico internacional* (UNESCO, 1978). Y también sus trabajos sobre el derecho al desarrollo y sobre los recursos alimentarios básicos como Patrimonio común de la Humanidad y los relativos a la función judicial internacional.

Quisiera destacar muy brevemente que su pensamiento es de inspiración universalista y democrática: es en ese sentido en que la construcción de una Comunidad Internacional sometida al Derecho ha ocupado parte de sus afanes; y en esa clave cabe interpretar su preocupación por un elemento central de esa construcción. El sometimiento de los actos del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas a controles de legalidad, problema subyacente a la controversia entre Libia, por un lado, y EEUU y el Reino Unido, por otra, hoy sometida a la Corte de La Haya referente al «incidente de Lockerbie».

Por otro lado, el Profesor Bedjaoui, como hombre político y diplomático, manifiesta un pensamiento siempre realista y prudente: conoce bien la realidad internacional, quién controla y quién detenta el poder en las relaciones internacionales, cómo los Estados más poderosos (entre los que ciertamente no se halla ninguno subdesarrollado del Tercer Mundo) imponen sus intereses y controlan los procesos principales de creación y aplicación del Derecho Internacional. El Derecho Internacional, como todo Derecho, cambia y es fruto y expresión de los valores, intereses y fuerzas presentes en las diferentes épocas históricas.

Pero como en *Alianza y condena* escribió Claudio Rodríguez:

«Entre la ignominia de nuestras leyes se alza el retablo con viejo oro y vieja doctrina de la nueva justicia.»

Hay quizá un aspecto de su dilatada labor de jurista que merece destacarse todavía más. Su actividad como árbitro y juez internacional.

Árbitro internacional en múltiples ocasiones, el Profesor Bedjaoui ha sido en efecto juez del Tribunal Internacional de Justicia de La Haya desde 1982 y lo es todavía en la actualidad, habiendo sido siempre reelegido por amplias mayorías incluso en una ocasión, caso excepcional, prácticamente por unanimidad de los miembros de la Asamblea General de Naciones Unidas. Durante uno de los períodos más fructíferos de su condición de juez, entre 1994 y 1997, fue Presidente del propio Tribunal de La Haya. Con razón se puede decir que ocupó entonces el cargo de Primer Magistrado del mundo.

Bajo su sabia dirección, la Corte de La Haya afrontó una etapa de actividad intensa y decidió importantes asuntos: el de *Timor Oriental*, el de la *Legalidad de la amenaza o el uso de armas nucleares*, el de *Aplicación de la Convención sobre Genocidio* y el relativo al *Proyecto Gabčíkovo-Nagymaros* (entre Hungría y Eslovaquia).

Permítaseme destacar dos importantes ocasiones de su actividad como juez de la Corte de La Haya. En el dictamen relativo a la *Legalidad de la amenaza o el uso de armas nucleares*, el Presidente Bedjaoui decidió con su voto de calidad, en un ejemplo de prudencia y realismo jurídicos (que él mismo aclaró en una Declaración), un párrafo clave en el que hacían dos afirmaciones:

Por un lado, que el «Tribunal no podía decidir definitivamente si la amenaza o el uso de armas nucleares sería lícita o ilícita en una circunstancia extrema de legítima defensa en la que estuviera en peligro la misma supervivencia del Estado».

Por otro lado, «que la amenaza o el uso de las armas nucleares sería, en términos generales, contrario a las normas de Derecho Internacional aplicables a los conflictos armados y, en particular, a los principios y normas del Derecho humanitario».

En la sentencia en el *asunto relativo a la competencia en materia de pesquerías* que enfrentó a Canadá y a España en 1998, el Juez Bedjaoui alineó su posición con la minoría que era más favorable a las tesis españolas. En su opinión disidente, y de modo a mi juicio admirablemente sucinto, expuso las razones por las que la posible relevancia del contenido de la reserva canadiense a la jurisdicción del Tribunal tenía que haber sido examinada al decidir sobre el fondo del asunto y no en el trámite de decidir sobre la propia jurisdicción como sostuvo la mayoría. Con tal ocasión, hizo una defensa precisa y convincente de la necesidad de preservar la función judicial internacional de las estrategias políticas unilaterales de quizá la mayor parte de los Estados, siempre temerosos y reticentes a que sus conductas sean confrontadas con el Derecho Internacional por un juez cuyas sentencias obligan definitivamente.

Señor Rector, la amistad que le profesan los jusinternacionalistas españoles al Profesor Bedjaoui es sin duda correspondida por él con nuestro país. Varias de sus obras han sido traducidas al español y él mismo se ha ocupado en uno de sus trabajos de evaluar el papel de España en la función normativa y la función jurisdiccional internacional, particularmente en una conferencia pronunciada en la Escuela Diplomática en Madrid en 1995.

Que sus posiciones como diplomático y como jurista, ya en 1975 ante el propio Tribunal de La Haya, hayan ido en defensa del derecho de autodeterminación del pueblo saharauí, muestran hasta qué punto su visión enlaza con el sentimiento profundo del pueblo español en esa cuestión.

Desde nuestro país, vinculado histórica, económica y políticamente al Magreb quizá deberíamos reflexionar sobre su petición de apoyo al renacimiento del pensamiento jusinternacionalista musulmán, agotado desde hace siglos y cuyo desarrollo contribuiría al pluralismo y la democracia en el mundo.

En conclusión, Sr. Rector, Mohammed Bedjaoui ha unido de modo egregio en su persona cuatro dimensiones complementarias: las de político, diplomático, estudioso y maestro del Derecho Internacional y, por último, la de árbitro internacional y magistrado del Tribunal Internacional de La Haya, del que ha sido Presidente. En todas ellas ha mostrado su autoridad y siendo plenamente fiel a sus raíces argelinas e islámicas y a las exigencias de la independencia del nuevo Estado argelino ha mantenido y cultivado un corazón universal impulsor de la renovación del Derecho Internacional contemporáneo hacia normas de mayor solidaridad. Es por ello uno de los maestros indiscutibles del Derecho Internacional de nuestra época.

Por todas estas razones y otras aún que no he podido expresar, haciendo también caso de la sugerencia de mi buen amigo el Profesor don Juan Manuel Castro-Rial, Emérito de esta Universidad, solicito para el Juez, Embajador y Profesor don Mohammed Bedjaoui el doctorado *honoris causa* de la Universidad Carlos III de Madrid.

Muchas gracias.

**LECCIÓN MAGISTRAL DE INVESTIDURA  
DEL NUEVO DOCTOR *HONORIS CAUSA*  
DON MOHAMMED BEDJAOU**

*«Ma lecture d'ancien colonisé, de l'oeuvre de Francisco de Vitoria»*

**Monsieur le Recteur de l'Université,  
Mesdames et messieurs les membres du Corps enseignant de l'Université,  
Mesdames et messieurs les représentants du Corps diplomatique,  
Mes chers amis,**

1. Par ce doctorat *honoris causa* qui m'est conféré en ce beau jour de fête étudiante, de célébration de l'esprit, je me sens, une fois de plus, comblé par le monde universitaire d'Espagne, auquel m'attache une vieille et affectueuse complicité intellectuelle. Je sens toute l'ivresse de cette atmosphère festive et je cherche vainement à me situer à la hauteur de cet événement si gratifiant en trouvant les mots appropriés pour exprimer ma reconnaissance à cette belle Université et mes remerciements à ce beau pays. En vérité, ma difficulté à vous faire part convenablement de mon plaisir est directement proportionnelle à la hauteur de la distinction dont je suis l'objet si privilégié en ce jour de grâce.



Dès lors je n'ai pas d'autre ressource que celle de vous adresser un humble pardon pour mon infirmité à traduire fidèlement ma gratitude émue.

2. Votre belle Université porte deux noms illustres: celui de Carlos III et, pour l'Institut qu'elle abrite, celui de Francisco de Vitoria. Ce double et haut parrainage charge votre Institution, enseignants, administrateurs et étudiants confondus, d'un devoir de mémoire et de fidélité aux messages laissés par ces deux hommes, grands chacun dans son rôle historique.

3. De Carlos III, triplement couronné d'Espagne, de Parme et de Naples-Sicile, je ne dirai rien ici que vous ne sachiez déjà mieux que moi. Votre Université, en portant un nom si prestigieux, a contracté un sorte de «pacte de famille» avec ce «père de la patrie et protecteur des sciences» comme on l'appelait. Un tel pacte vous charge d'un devoir suprême, celui de chercher la grandeur non pas dans la gloire passagère des armes ou de la politique, mais dans l'éclat plus durable de la connaissance et du devoir de servir la mieux-être de l'homme. C'est à cet esprit de libre recherche et de service des peuples que j'ai plaisir à rendre hommage aujourd'hui, en cette cérémonie solennelle dans cette Université qui porte le nom d'un des tous premiers Souverains, parmi ceux que l'on a appelé les «despotes éclairés», éclairés par le profond désir d'assurer le progrès et le bien-être dans leur pays par des réformes hardies et par la souci d'avoir une conscience en avance sur leur temps. L'histoire jugea mal cet homme éclairé, passionné d'égalité et pourfendeur des privilèges et fut particulièrement ingrate à son égard en l'exilant à Aranjuez. Ce fut pourtant un grand roi moderne, qui ne méritait nullement le jugement négatif que portèrent sur son règne des hommes comme Marcelino Menéndez Pelayo alors qu'il prépara, bien en avance sur son temps, l'enfantement de l'Espagne d'aujourd'hui.

4. En portant son nom, votre Université fait revivre sa mémoire, réhabilite son oeuvre, et épouse fièrement la devise qui a inspiré son action rénovatrice, celle de la vision prospective. C'est en soi, pour votre Université, un symbole et une référence, un engagement et un programme.

5. Quant au message de Francisco de Vitoria, ce grand théologien face au pouvoir politique et à l'argent, et dont le nom sert aussi de fier drapeau à votre Université il me paraît d'une saisissante actualité. Je ne m'attacherai pas à toutes les facettes de sa pensée qu'il a exposées dans ses leçons pieusement recueillies et publiées par ses disciples et élèves, ces leçons présentées à la postérité comme celles «du Révérend-Père, Frère Francisco de Vitoria, maître en théologie sacrée, professeur très illustre de Salamanca, titulaire de la chaire de «prima», faites en cette même université de Salamanca, les années 1530 de la Nativité».



6. Je voudrais seulement faire de son oeuvre si riche une lecture toute personnelle et vous dire avec quel respect et quelle admiration l'ancien colonisé que je suis, *l'Indien que je veux être en le lisant*, approche le puissant message qu'il a su laisser grâce à son courage exemplaire et stupéfiant pour le siècle qu'il vivait. Car dans ma condition d'ancien colonisé, je me demande quel homme fut plus grand lorsqu'«au crépuscule de ses jours, on le porta en chaire pour qu'il y fasse porter sa parole magistrale»<sup>1</sup> et lorsqu'il fit comparaître sa patrie devant le tribunal de sa conscience, la sienne propre et celle de son peuple. Antonio Truyol Serra a justement décrit ce maître exceptionnel comme le «*Socrate espagnol*»<sup>2</sup>, à la fois profond jusqu'au vertige, vif comme l'éclair et amer comme ceux qui ont le privilège de connaître la vérité sur la faiblesse humaine. Quel courage, quelle implacable lucidité et quelle grandeur, en fin de compte, ne lui fallait-il pas, en ce XVI<sup>e</sup> siècle des conquêtes fiévreuses et débridées, pour réhabiliter ces colonisés, ces Indiens, dont l'appartenance même à l'espèce humaine avait été mise en doute avant lui!

7. C'est donc à une vision personnelle de l'oeuvre combien complexe de cet homme que je voudrais me livrer devant vous. Chaque génération peut avoir sa lecture propre d'une oeuvre historique. C'est à la fois inévitable et légitime. A condition toutefois d'éviter le double risque, d'une part de réduire une doctrine à l'expression passagère d'un temps à jamais révolu et de n'en tirer aucune ressemblance avec l'actualité, et d'autre part de chercher dans cette oeuvre, en forçant le trait, des idées contemporaines qui ne lui doivent rien. Je veillerai à demeurer entre ces deux écueils.

8. Mais auparavant, en guise d'éclairage indispensable, je voudrais reconstituer l'environnement temporel et spatial de cette oeuvre pour mieux la «situer» dans son époque et son contexte et faire apparaître ainsi aussi bien sa nouveauté ou son actualité que ses limites. Bref, pour apprécier toute la résonance surprenante de la pensée de Vitoria, et saisir la valeur présente de son message, il faut naturellement d'une part la situer dans son contexte de l'époque et d'autre part la dépouiller de son expression archaïque.

9. Il était contemporain de Charles Quint. Il vécut la brillante apogée de l'Espagne. Charles Quint régnait non seulement sur un immense empire européen, mais encore sur beaucoup de territoires d'autres continents, les Philippines et les Moluques en Asie, Ceuta et Oran en Afrique du Nord et surtout le

---

<sup>1</sup> Joe VERHOEVEN, *Actualité de la pensée juridique de Francisco de Vitoria*, Bruxelles, Bruylant, 1998, p. 105.

<sup>2</sup> *Actualité de la pensée juridique de Francisco de Vitoria*, op. cit., p. 5.

Nouveau Monde des Amériques. Devenue l'avant-poste d'une Europe orientée vers la découverte et la conquête de nouveaux mondes et de *terrae incognitae*, première puissance militaire et politique du continent, entretenant de grandes armées et faisant la guerre et la paix sur la planète, l'Espagne fut naturellement portée à développer la partie du droit international relative à la colonisation et à la guerre. Mais si l'Espagne était la première puissance politique de l'Europe, l'apogée de sa grandeur s'était accompagnée d'un admirable développement intellectuel: ses Universités, et notamment les deux plus illustres, celles de Córdoba et de Salamanca, étaient, comme l'avait écrit Joseph Barthélémy «des foyers de lumière où les questions les plus graves étaient agitées avec une complète indépendance d'esprit et une tolérance toute moderne»<sup>3</sup>.

10. «Il est très remarquable que dans un empire alors triomphant, qui cherchait à étendre ses pouvoirs jusqu'aux confins du levant et du couchant, des voix aient pu librement s'élever pour stigmatiser des pratiques qui furent souvent d'une grande barbarie et pour faire reconnaître à des Indiens, dont on était à peine sûr qu'ils fissent partie du genre humain, des droits élémentaires. Il est peu d'Etats modernes qui eussent ainsi laissé s'exprimer, dans les termes implacables qui furent notamment ceux de Bartolomeo de las Casas. Et il en est moins encore qui, comme Charles Quint, auraient eu souci de consulter comme il le fit, des "sages", au premier rang desquels Vitoria, pour être éclairés sur leurs droits»<sup>4</sup>.

11. Voilà donc *l'homme et son époque*. *L'homme* jouissait d'une immense considération et était regardé par ceux de son temps comme un autre Pythagore. Les rois le consultaient sur les cas intéressant leur conscience; les rois d'Espagne sur leur conquêtes dans le nouveau monde; le roi d'Angleterre sur ses divorces; le Pape lui remettait le jugement des cas de conscience les plus délicats. *L'époque* était faste pour l'Espagne, d'autant plus tolérante qu'elle était puissante. Et pourtant, on ne peut imaginer aujourd'hui, compte tenu tout de même des mentalités de l'époque, qu'un mouvement de défense des Indiens d'Amérique pût s'amplifier au point de constituer une force morale avec laquelle il eût fallu vraiment compter. C'est là un événement surprenant et plein d'enseignement que cette force purement morale ait pu contenir et discipliner le puissant pouvoir de l'argent. Car les temps crus que Vitoria avait vécus étaient ceux de l'usage de la force dans les relations internationales, de

---

<sup>3</sup> Joseph BARTHÉLÉMY, «Francisco de Vitoria», in *Les fondateurs du droit international, leurs oeuvres, leurs doctrines*, Paris, Girard et Brière, 1904.

<sup>4</sup> Joe VERHOEVEN, *op. cit.*, p. 104.

l'intervention, de l'occupation, de la conquête, de l'esclavage, de la colonisation, de la *terra nullius*, des guerres et des génocides. Cela ne peut que grandir encore plus le message humaniste de Vitoria. Les murs, les voûtes et les pierres des vieilles et prestigieuses Universités de Salamanca et de Valladolid savent encore aujourd'hui, tout comme cet Institut Vitoria où nous sommes réunis aujourd'hui, nous parler du plus éminent des maîtres de l'école espagnole, considéré à juste titre comme le fondateur ou la «matrice» du droit international moderne.

12. C'est avec panache et un sens rare de l'humain que Vitoria participe à la gigantesque controverse, dont les siècles ont gardé le puissant écho, sur la nature parfaitement «humaine» des indigènes du nouveau monde, que méritaient, disait-il, un traitement moins attentatoire à leur humaine condition.

13. L'enseignement de Vitoria fut d'autant plus fascinant que le maître de Salamanca avait prononcé ses leçons sur la colonisation des Indiens une quarantaine d'années après la découverte du Nouveau Monde, tant et si bien que certains considéraient «inutile et oiseuse» toute discussion sur la légitimité des droits de l'empereur. Mais Vitoria passa outre cet argument et réveilla les consciences endormies. Pour lui, les mauvais traitements infligés par les conquérants posaient d'abord une question théologique toujours présente, que ni le fait accompli, ni la prescription n'empêchent d'examiner. Il déclarait qu'il s'agissait moins d'un débat juridique accompli, passé et prescrit, que d'une question complexe de conscience morale et théologique.

14. Ses adversaires avaient d'abord avancé *l'idée de la nature non humaine des Indiens*. En effet «Christophe Colomb avait affirmé que la découverte des terres nouvelles fournirait à la domination du peuple conquérant un formidable contingent de *nouveaux sujets*. On accueillit cette affirmation comme une hérésie. Elle s'opposait à la paternité exclusive que l'on attribuait officiellement à Adam. Dès lors que les fils de Noé, ses descendants, disait-on, *les seuls exemplaires du genre humain*, que avaient échappé au Déluge, n'avaient peuplé que des terres connues, on ne pouvait admettre qu'il existât des hommes dans d'autres régions qui ne présentaient avec celles-là aucun rapport... Mais comme ces êtres, à cause de leurs caractères physiques, ne pouvaient être regardés *comme faisant partie du genre humain*, l'Eglise (de l'époque) devant *ce fait* indiscutable, changea d'attitude. Ces sauvages étaient des fils d'Adam à n'en pas douter»<sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup> Rodrigo OCTAVIO: «Les Sauvages américains devant le droit», in *Recueil des cours de l'Académie de droit international*, La Haye, 1930, I, tome 3, pp. 184-185.

15. On vit alors, affichée en 1509, dans une île antillaise que les Portugais venaient d'occuper, cette proclamation étonnante:

«Moi, Alphonse de Ojeda, serviteur des très hauts et très puissants rois de León, conquérants des nations barbares, je vous notifie et vous déclare de la façon la plus formelle que Dieu notre Seigneur, qui est unique et éternel, a créé le ciel et la terre, et une femme et un homme, dont *vous* et *moi*, et tous les peuples qui ont existé et qui existeront sur la terre, *sommes les descendants.*»

Imaginez donc le caractère extraordinairement *révolutionnaire*, dans le contexte de l'époque, dans la *mentalité* ambiante, de cette déclaration sur l'*unicité* du genre humain! Il ne fallait pas distinguer le *sauvage* du *civilisé* dans leur commune appartenance à un même genre. Pour moi, et je vous prie d'excuser mon hétérodoxie, ce sont les théologiens-juristes de l'Université de Salamanca, ce sont des hommes comme Vitoria, Suarez et Las Casas, qui sont *les pères fondateurs authentiques de l'universalité des droits de l'homme*. Relisez leurs oeuvres où résonnent les clameurs prodigieuses de leur humanisme et vous verrez combien elles son d'une brûlante actualité!

16. Aujourd'hui les philosophies, les religions, les morales, reconnaissent toutes, d'une manière ou d'une autre, cette *unicité* du genre humain et l'*émimente dignité de la personne*. Celle-ci est ainsi devenue tout naturellement la base et le fondement de la *liberté fondamentale* de l'homme, notion qui a cheminé douloureusement à travers les guerres exterminatrices et les siècles d'esclavage, pour illuminer enfin notre conscience aujourd'hui.

17. Soit. Les Indiens sont des être humains. Mais ils sont *des hommes inférieurs*, des «esclaves par nature», incapables d'être maîtres de leurs territoires ou titulaires d'un droit de propriété. Ils sont en second lieu en état de péché mortel, donc privés de tout titre de propriété, lequel es un état de grâce divine. En troisième lieu, étant des infidèles, des non-chrétiens, ils ne peuvent qu'être exterminés et dépouillés de leurs biens. Enfin ils son dépourvus de raison et à ce titre incapables de posséder un bien.

18. C'est avec une implacable logique qu'il répondit à ce faisceau d'arguties. Rappelons simplement pour mémoire sa réponse à la prétention que les Indiens sont dépourvus de raison. Vitoria réplique que les Indiens ont leur propre logique, leur style de vie, leurs institutions publiques est privées, leurs corps de règles sociales et qu'après tout «chez nous aussi, dit-il, nous voyons bien des paysans différer peu des brutes». Sur ce point, Vitoria a des accents d'une lucidité exceptionnelle. Pour son temps, et même por notre époque, il

faut mesurer l'incroyable courage qu'il eut de soutenir que le monde est fait de la diversité des cultures et que la civilisation occidentale n'est pas la seule que Dieu ait fait sur terre. La réponse de Vitoria est ici admirable par sa profondeur et par son caractère absolument inédit pour l'époque! Quant à l'argument selon lequel les Indiens doivent être dépouillés de leurs biens pour cause d'infidélité religieuse, Vitoria répond que «si on prend les terres ou des objets aux juifs et aux sarrazins, on commet un vol; si on dépouille les Indiens, on en commet un autre; c'est un vol, une rapine, non moins que lorsqu'il s'agit de chrétiens». Oser défendre, à cette époque, et les juifs, et les sarrazins et de surcroît les Indiens, c'était de la part de Vitoria d'une témérité insensée!

19. Les adversaires de Vitoria avancèrent alors *les titres impériaux et pontificaux* de l'Espagne pour justifier sa colonisation du Nouveau monde.

20. Au sujet du pouvoir universel de l'empereur, Vitoria conteste avec une conviction sereine, mais inouïe, que l'empereur Charles Quint, son roi tout puissant, soit le maître du monde et du même coup soit le souverain des Amériques. «Il n'y a personne, dit Vitoria, dans une formule lapidaire, qui ait, en vertu du droit naturel l'empire du monde.» Cette réponse sonne le glas de l'empire universel. C'est la fin de l'impérialisme.

21. Que reste-t-il alors? Les décisions pontificales? Mais Vitoria les balaye à leur tour, en récusant la prétention du Pape à revendiquer le titre de maître du monde. *Après la fin de l'impérialisme, c'est donc la fin de la théocratie universelle.* Quel géant tranquille que ce théologien chétif qui eut l'audace de déstabiliser les piliers traditionnels du pouvoir et d'affronter sereinement la formidable puissance de Charles Quint aussi bien que celle du Pape Innocent X!

22. Ainsi, tout comme le gran Bartolomeo de las Casas, Vitoria contribua à alimenter avec vigueur un immense débat historique qui s'institua au sein de l'Eglise d'Espagne, aux Cortès, dans les Universités, dans les ordres monastiques, au Conseil des Indes et jusqu'au Conseil de Castille, et opposa la religion chrétienne à la consécration de la force. Les lois, loin de s'en offusquer, y prêtèrent grande attention, ordonnèrent des enquêtes, des inspections, des réformes. Isabelle-la Catholique, Charles Quint et même le sombre Philippe II, nous apparaissent comme soucieux des droits de l'homme à la suite de cette gigantesque controverse à laquelle Vitoria prit toute sa part<sup>6</sup>.

---

<sup>6</sup> Cf. Lewis HANKE: *Colonisation et conscience chrétienne au XVI<sup>e</sup> siècle*, traduction de l'américain par Fr. Durif, Paris, Plon, 1958.

23. La lutte de Vitoria, et c'est là sa saisissante originalité, n'a pas été vaine, pour aussi ambiguë qu'elle ait été. Il a, avec une petite poignée d'autres, secoué les consciences même des Grands, fourbi des armes anti-colonialistes et forgé des principes toujours actuels et pas seulement applicables à la misérable condition des colonisés. Il n'a pas seulement dénoncé les excès du colonialisme universel naissant, mais stigmatisé la barbarie de toutes les guerres de conquête et d'agression. *Il a signé, par son oeuvre, les premiers appels au nom de la liberté, jamais lancés dans l'histoire universelle.*

24. Mais Vitoria ne s'est pas départi de son réalisme. La colonisation était un fait accompli lorsque quarante ans plus tard il en dénonça les horreurs. Il a donc condamné la politique espagnole non pas dans son principe de colonisation, mais seulement dans ses excès d'application. Il n'es pas allé en effet jusqu'au bout de sa logique première et a reconnu le droit des Espagnols de coloniser l'Amérique, mais pas sur les bases qu'il avait soigneusement rejetées, à savoir l'infériorité des Indiens, les titres impériaux et pontificaux. Il a justifié le droit à la colonisation en alignant pas moins de quatorze *titres légitimes et convenables en vertu desquels les barbares ont pu tomber sous la domination des Espagnols*, parmi lesquels le droit des gens, le commerce international, l'évangélisation, le droit d'ingérence, l'acceptation libre de la souveraineté espagnole et l'obligation d'une tutelle espagnole. Faut-il reconnaître pour autant que Vitoria a légitimé le fait accompli? Il y a sans doute un peu de cela, mais sa démonstration de départ relative à l'illégitimité de la conquête a continué de marquer au fer rouge ce qui n'était et ne restait qu'un fait accompli, imposé à tous par l'impossibilité d'effacer le temps. Il est vrai aussi que, quelles qu'aient pu être les ambiguïtés de la pensée de Vitoria, il ne méritait pas qu'on lui fît l'injustice d'apprécier son propos avec nos cadres de pensée contemporains, nécessairement plus exigeants cinq siècles plus tard. «Il serait puéril, écrit un auteur<sup>7</sup>, de faire sur cette base quelque procès à Vitoria, cinq siècles plus tard. L'utilité que son discours a présentée pour le colonisateur espagnol ne saurait d'ailleurs en masquer le caractère à maints égards novateur.»

25. Tous ceux qui ont étudié la pensée de Vitoria depuis près de cinq siècles sont demeurés frappés par l'importance de ses ébauches et par la solidité doctrinale de ses principes. Ils ne son pas moins étonnés par la lumière qu'il jette sur les problèmes fondamentaux que le développement de la civilisation et l'évolution du monde moderne mettent à l'ordre du jour. C'est que Vitoria

---

<sup>7</sup> Joe VERHOEVEN, *op. cit.*, p. 107.



fut, avec quelques autres théologiens de Salamanca et de Valladolid, comme Bartolomeo de las Casas, le promoteur inspiré et humaniste d'un droit international respectueux des libertés des nations et des individus. Il est un peu l'ancêtre de ce que nous appelons aujourd'hui, après tant de siècles de guerres, *le droit des peuples à disposer d'eux-mêmes*. L'ancien colonisé que je suis, a voulu ainsi rendre cet hommage à sa mémoire impérissable. Il a eu le mérite historique d'accompagner la découverte enthousiaste de l'Amérique par une autre découverte, aux résonances toutes actuelles, celle de l'*unicité* de l'homme. Il a contribué intelligemment à la grande controverse développée chez vous au XVI<sup>e</sup> siècle, avant tous les pays d'Europe, lorsqu'il a fallu se rendre à l'évidence que les prétendus sauvages appartenaient bien au genre humain, vérité qui avait fait l'effet d'une explosion nucléaire dans l'univers mental de l'époque.

26. Mais son enseignement ne s'est naturellement pas arrêté là. Il a affirmé l'égalité des nations, l'existence d'une société internationale, la liberté totale de commerce et de communication, le devoir d'ingérence dans le cadre de l'intervention pour cause d'humanité, le devoir de protection des étrangers, etc.... Ses conceptions ne correspondent certes pas à celles qui dominent aujourd'hui en droit international. Mais on ne peut que souligner avec admiration qu'elles aient germé cinq siècles plus tôt dans l'esprit fécond de cet homme si exceptionnel.

27. *Les résonances actuelles de son oeuvre sont évidentes.*

Relisons par exemple ce qu'il a dit de la liberté des échanges et de communication. N'avons-nous pas l'impression que nous lisons un théoricien de la «mondialisation» ou «globalization» en marche aujourd'hui? Il convient que les ressources de la terre, offertes à tous par Dieu, s'échangent en toute liberté, en tant qu'elles appartiennent à tous et à chacun. Aujourd'hui la mondialisation est la nouvelle religion des rapports entre les hommes sur l'ensemble de la planète. La libéralisation des échanges de toutes natures, dans un monde plus ouvert, qui a abattu toutes les barrières, douanières et autres, a pris semble-t-il une tournure irréversible. La loi du marché libre domine.

28. De même le droit d'ingérence qu'il préconise pour sauver des innocents, notamment des sacrifices rituels, a pris aujourd'hui les couleurs d'un devoir d'assistance humanitaire. La nécessité de secourir des populations en détresse, du fait de l'homme ou de la nature, impose à chacun, selon une doctrine qui se répand, un devoir d'assistance à peuple en danger, qui transcenderait les règles juridiques traditionnelles. Selon ce pont de vue la souveraineté

de l'Etat doit s'incliner, au nom d'une morale de l'extrême urgence, devant les nécessités d'une protection minimale des droits de la personne.

29. En fin de compte, lorsque Vitoria condamne le massacre des innocents, nous ne faisons que suivre son exemple en condamnant le génocide. Lorsqu'il prend la défense des Indiens convertis, nous ne faisons que l'imiter en protégeant le droit contemporain des minorités. Lorsqu'il plaide pour le droit naturel de société et de communication, nous pensons au droit actuel de libre circulation des marchandises et des capitaux, prolégomènes de la mondialisation. Lorsqu'il défend la libre propagation de la religion, il ne fait qu'annoncer cinq siècles avant nous une ère de libre circulation des idées et de la culture.

30. Avec d'autres théologiens juristes, tels Domingo Soto, Suarez et surtout le grand Bartolomeo de las Casas, Vitoria a laissé des exemples de courage, de dignité et d'humanisme, à l'heure où l'esprit de conquête gonflait les voiles des galions d'un Cortès, d'un Pizarro ou de leurs successeurs. On ne saurait donc oublier ses poignantes et généreuses démonstrations, qu'il faut savoir extraire de la gangue de la scolastique en honneur à l'époque. L'Espagne tient en Vitoria un précurseur du mouvement moderne de protection des droits de l'homme. Votre pays a eu l'immense fortune de posséder ce noble esprit illuminé par la clarté de la pitié et de l'inquiétude métaphysique dans un siècle de grandeur. A cet égard *il est immortel parce qu'il a su dégager ce qui est éternel dans l'homme*.

31. S'il est vrai que l'Espagne a beaucoup péché contre l'homme aux XV<sup>e</sup>-XVI<sup>e</sup> siècles, nulle part ailleurs que chez elle la conscience de l'éminente dignité de l'être humain n'a été plus approfondie. Aucune grande nation n'est innocente. L'histoire nous le montre abondamment. Il n'en est aucune qui n'ait attaqué, envahi, conquis, massacré, persécuté. Mais l'Espagne a eu le privilège salutaire de compter parmi ses meilleurs enfants des réfractaires courageux, des protestataires véhéments. Vitoria était de ceux-là. Un auteur a écrit: «Toutes les nations ont eu leurs brigands et leurs fanatiques, leurs temps de barbarie, leurs accès de fureur. Les plus estimables (d'entre elles) sont celles qui s'en accusent (elles-mêmes). Les Espagnols ont eu cette sincérité, si digne de leur caractère»<sup>8</sup>. «Autrement dit, l'honneur des peuples, c'est de désavouer les crimes commis en leur nom»<sup>9</sup>.

---

<sup>8</sup> MARMONTEL, cité par Louis de VILLEFOSSE, *Sur l'actualité de Las Casas*, Esprit, Paris, mars 1958, p. 411.

<sup>9</sup> Louis de VILLEFOSSE, *ibid.*



32. *Vitoria était certes un homme du XVI<sup>e</sup> siècle, par sa naissance, mais de tous les siècles par son message et ses idées.* Et Camilo Barcia Trelles disait de lui en 1926 à Salamanca: «No hay más que una verdad, la verdad para todos: hacia esa verdad mira Vitoria, con la fe del viajero que en la noche silenciosa va guiado con la vista puesta en la estrella polar».

Muchas gracias.